



La ruta de los sultanes muertos

Exhumados de sus tumbas en la Rauda Real viajaron a un destino desconocido, mas allá de la Alhambra

Las tumbas de los reyes nazaries permanecen abiertas y vacías entre los muros de la Rauda de la Alhambra, donde se aprecian los restos de pequeñas 'qubbas' en honor de los muertos.

FOTOS: J. E. GÓMEZ



Salieron de la Rauda a través del Real Bajo alhambrenño.



JUAN ENRIQUE GÓMEZ Y MERCHE S. CALLE
jgomez@diarioideal.es
waste@diarioideal.es

En 1492, Boabdil, desenterró los restos de sus antepasados y los llevó hasta los cerros de Mondújar, a un 'valle de los reyes' aún por descubrir

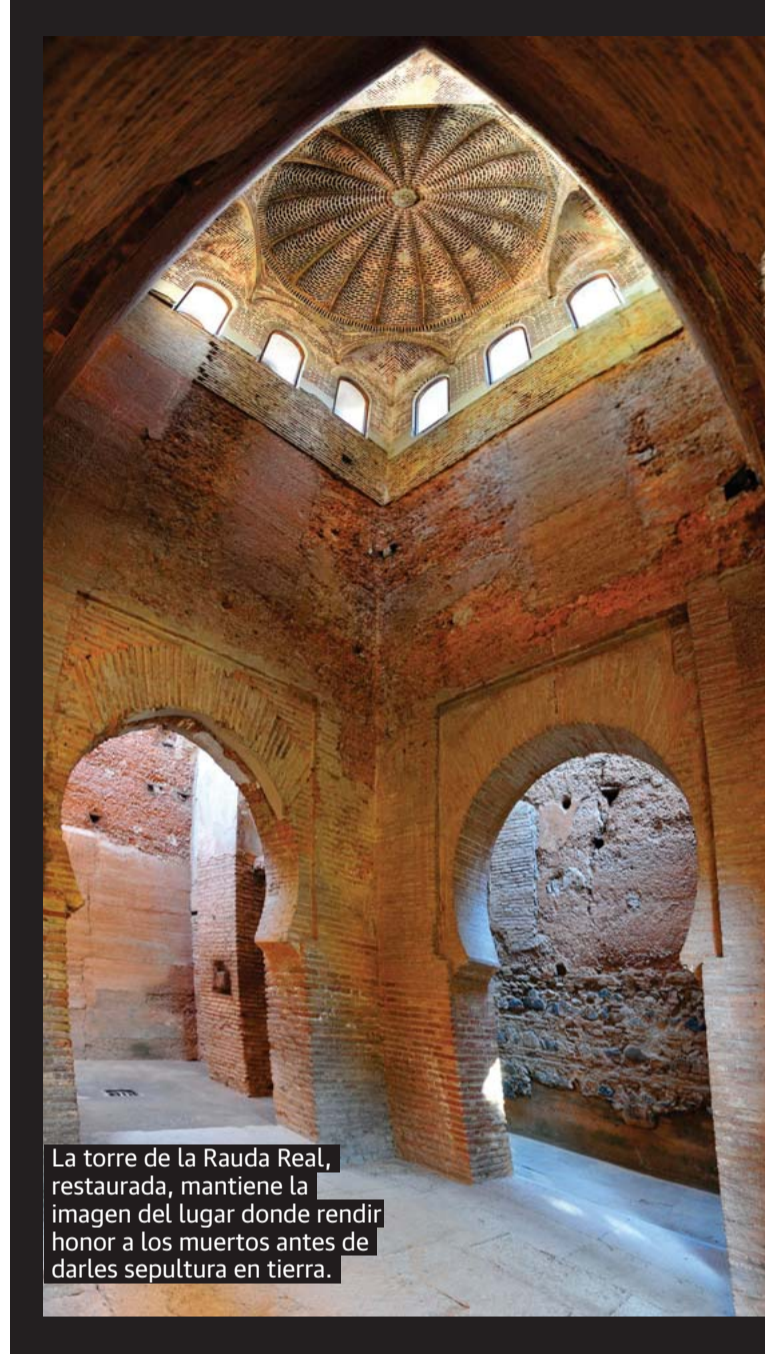
GRANADA. El sonido de los cascos de una larga recua de acémilas, mulos y asnos, se alza sobre el silbido del viento que desde las laderas de Sierra Nevada baja hacia la gran rambla formada por la confluencia de las aguas del Darro y el Genil, a las puertas de la capital del Reino de Granada, del hogar de la Casa de Nasri, de los nazaries, que durante tres siglos dirigieron los designios del sureste de Iberia. Caminan despacio, cargados con extraños y preciados fardos envueltos en cajas y telas blancas desde los que emana un agri dulce aroma de muerte. Forman parte de una larga comitiva que se aleja de la ciudad, a escondidas, en silencio para no llamar la atención de sus habitantes sobre la preciada carga que transportan, para no desvelar que sobre las caballerías viajan los cadáveres de los sultanes de la Alhambra, sus esposas, concubinas, hijas e hijos muertos, algunos asesinados con las cabezas separadas de sus troncos, pero todos ellos miembros de la última estirpe que reinaría en Granada. Al frente del triste cortejo, un hombre viaja a caballo tras acometer uno de sus más duros designios. Boabdil, el último rey nazari, ha exhumado los cuerpos de sus antepasados, ha vaciado las tumbas de la Rauda Real de la Alhambra, a extramuros de los Leones, a las puertas del Partal, para que los cadáveres de los reyes no puedan ser profanados y darles una nueva tierra sagrada más allá de las murallas rojas de la Sabika. Vivos y muertos recorren la senda del exilio, el camino que pocos días después el rey Chico volverá a andar, esta vez sin retorno.

Noche de cadáveres

«Hay un silencio hondo y misterioso, aquí en la Rauda real, el macabro dinástico de la Alhambra, un silencio que solo puede entenderse por la cercanía de los cipreses». Es la frase que el escritor Antonio Enrique, en su libro 'Boabdil, el príncipe del día y la noche', utiliza para mostrar la sensación que envuelve a quienes abren, una a una, a golpe de azada, las tumbas de la vieja Rauda, bajo la triste mirada del sultán. «Él, el hombre que mira, es el último de estos reyes. Sabe que con él termina la dinastía, y por eso está haciendo lo que hace: desenterrarlos, para llevarse los consigo... Todos tienen la cabeza al mediodía, ligeramente vuelta hacia la Meca...» escribe Antonio Enrique en una obra en la que la exhumación de los emires granadinos, la evacuación de las sepulturas de la ciudad palatina, a pocos días de la

La tumba de Muley Hacén, siempre vacía

Entre los cadáveres exhumados no estaba el del padre de Boabdil, Muley Hacén. Antonio Enrique cuenta que el Rey Chico no ordenó su apertura. Sabía que estaba vacía. Crónicas y leyendas cuentan que el propio Muley Hasen pidió que le enterrasen entre las pizarras de Sierra Nevada, junto a los ventisqueros. Una comitiva trasladó su cuerpo desde el castillo de Mondújar a las más altas cumbres de Sulayr.



La torre de la Rauda Real, restaurada, mantiene la imagen del lugar donde rendir honor a los muertos antes de darles sepultura en tierra.

partida final de Boabdil, en 1492, es el hilo conductor de la narración, el escenario donde el Boabdil cuenta la historia de su Casa, de los 23 sultanes que le preceden, en su mayoría habitantes mudos de las tumbas que se veía obligado a abrir y a quienes temía despertar.

Cinco siglos después, el silencio aún habita entre las piedras de la vieja Rauda, donde perviven las tumbas vacías, el lugar donde laureles, hiedras y cipreses retoman la tierra que perteneció a los muertos, decenas de almas arrancadas de su eterno descanso para viajar hacia un destino no desvelado. Nadie sabe dónde están los sultanes de la Alhambra, donde reposaron tras ser arrojados de su macabro palatino. Los historiadores no han podido determinar si Boabdil se los llevó consigo a Laujar de Andarax y después los embarcó hasta Fez (su última morada) o si los dejó enterrados en las laderas del cerro del Castillejo, en Mondújar, a las puertas del Valle de Lecrín, bajo las almenas del castillo de Zorayda, la cristiana que enamoró a su principal enemigo y padre: Muley Hacén.

El viaje

Nadie sabe cuál fue el camino de los muertos, la última ruta de los sultanes, la senda de las acémilas hacia el sur. Antonio Enrique investiga el conocimiento de la historia para marcar algunos puntos sobre los que di-

bujar un trazado imaginario, pero posible a la luz de la orografía y los vestigios dejados por el tiempo. Es la ruta de los sultanes muertos.

No era fácil abandonar la Alhambra sin ser vistos. Boabdil pactó con Fernando el Católico sacar los cadáveres por la noche, alejados de los ojos de la ciudad. Junto a la Rauda, el Real Bajo de la Alhambra, a extramuros de los Leones, camina hacia el Partal y los altos del palacio del Infante (el monasterio de San Francisco) y la torre y puerta de los siete Suelos, una salida directa de la fortaleza hacia las tierras de los Mártires, los caminos de Alixares y la ladera quebrada del actual Barranco del Abogado, donde las caballerías afianzan el paso entre las escorrentías de aguas y tierras llegadas del cerro del Sol. A un lado quedan, cercanos, Mauror y Realejo. Un sendero de muerte que ahora lleva el nombre de Camino del Cementerio, para bajar la cuesta del Caidero y, por los viejos Molinos, llegar a las alamedas del Genil, vadear sus arenas con la vista puesta en las estrellas que marcan el sur, mientras la gran barrera de Sulayr, se extiende en el Levante y deja brillar sus cumbres a la tenue luz de una tímida luna.

«La caravana fúnebre salió a la Vega uno dos días después, cuando ya todo estuvo dispuesto. En la noche profunda, y por senderos poco transitados, llegaron a las inmediaciones de Alhendín, y echaron lue-



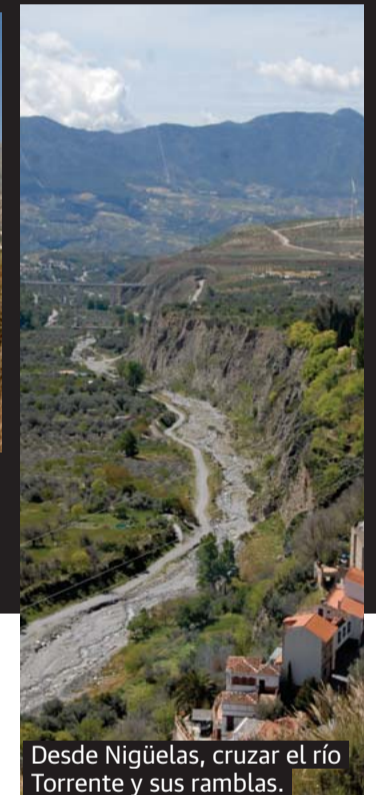
Bajo as almenas del castillo de Mondújar, en el cerro del Castillejo, fue el último lugar conocido donde reposaron los restos de los sultanes nazaries.



Las torres de vigilancia de la depresión de Padul protegieron el paso de la comitiva fúnebre desde el Manar hacia Nigüelas.



El puente medieval de Dúrcal, bajo los acantilados, permitió vadear el río para buscar los caminos del Valle.



Desde Nigüelas, cruzar el río Torrente y sus ramblas.

De noche salieron del cementerio real para atravesar el Genil ocultos a los ojos de la ciudad

go hacia Dilar, internándose después, a través del barranco Hondo, en un paraje que llaman Las Rajas, donde ya todo es dominio de lobos y buitres. Con el Padul ya a la vista, la siniestra comitiva hizo un alto en el monte que de siempre se llamó de las Calaveras. Comenzaba a clarear. Desde esta prominencia Granada se contempla, por última vez», cuenta Boabdil en la pluma de Antonio Enrique, que habla de caminos que dejan a un lado la vía hacia La Malahá, las estribaciones de la Zubia y pasos de sierra cercanos a Gójar, para después, tras la depresión de Padul, abrazar el valle de Lecrín.

Desde la cara oeste del Manar, sobre Padul, diversas sendas conectan con el pueblo y la ribera oeste del espacio lagunar, donde aún se contemplan los surcos que los carros dejaron en la primitiva vía romana entre la ciudad y la Costa, el camino hacia el mar, el Valle y la Alpujarra. El cortejo, ya con las primeras luces del día tuvo que bajar los desfiladeros de Dúrcal y buscar el puente medieval que salva el río y salir a las extensiones vigiladas por los fortines nazaries que miran a la ciudad, y más allá, los arenales del río Torrente, que en Nigüelas, muestra un vado camino de la aldea de Águilas y desde donde ya se avista la silueta del Castillejo de Mondújar, el monte sobre el que se asienta el castillo y última residencia de Muley Hacén, un espacio al que solo es posible llegar a través de una escarpada senda entos laderas, las tierras donde aún es posible observar restos de apriscos donde las caballerías descansaron de

su preciada carga. Allí quedaron los restos mortales de los monarcas, en un lugar que un documento sobre lindes de 1547 señala como «Un macabro grande de seis marjales poco más o menos por abrir que alinda con haza de Diego Aguilar y con Haza de Diego Escobar, donde dicen que están enterrados los Reyes Moros de Granada». El silencio cayó sobre el destino de los monarcas. Los arqueólogos investigaron la aparición de tumbas en el monte del Algarrobo (El Castillejo) sin poder determinar si eran de los sultanes o sus allegados, y el 1925 aparecieron 70 tumbas vacías, lo que hace suponer que alguien, quizá Boabdil, las volvió a exhumar para llevarlas a tierras de Almería o de África. Más tarde, las obras de la autovía de la Costa dejaron al aire restos humanos cercanos a los cementerios de Mondújar y Talará, nadie pudo determinar su procedencia. Ahora, cinco siglos después, en la Rauda Real de la Alhambra, las tumbas permanecen abiertas desde que se inició la ruta de los sultanes muertos, el imaginario discurrir de las almas que buscaron habitar un nuevo y oculto Valle de los Reyes.